

Comentarios a la conferencia “Autoritarismo y osos danzantes: Implicaciones para un nuevo comienzo”

Luisa Elena Álvarez¹

Desde los inicios de la teoría psicoanalítica, el *otro* como un alter que nos reconozca distinto y al mismo tiempo nos permita identificarnos en él han sido fundamentales no solo en la construcción subjetiva individual sino en la formación de los grupos y, por lo tanto, en la aparición del lazo social que nos permite convivir. En el epígrafe del trabajo de Jonathan Sklar referido a la experiencia de Anna Akhmatova durante su encarcelamiento por parte del régimen que mantenía privados de libertad a todos aquellos que pensaban diferente (aclaro que uso este término no solo refiriéndome a la prisión física sino a la imposición de un modelo de pensamiento único), hay una hermosa referencia a la importancia del reconocimiento del otro. Alguien la “identifica”; es decir le da una cualidad subjetiva singular y le permite, aunque sea brevemente, un lugar de alteridad en donde dos personas se reconocen como únicas, similares y diferentes. Y le pide que describa lo que sucede, que recurra al lenguaje como forma de representación y de transmisión de aquello que no puede ser representado por el influjo terrible del terror.

Ya en sus estudios metapsicológicos Freud nos habla de la necesidad de representar la Cosa en forma de palabra, para que ésta puede ser metaforizada, simbolizada y convertida en un lugar de evocación de múltiples significados, es decir un lugar en donde sea posible la asociación libre, pilar fundamental del psicoanálisis y del pensamiento; el lenguaje libre y pleno de significados nos permite reconocernos y *desconocernos*. Esto último es muy importante, ya que el reconocimiento es aquello que nos sitúa en el

¹ Luisa Elena Álvarez es médico psiquiatra y psicoanalista, miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

lugar de "somos idénticos y por lo tanto hablamos el mismo lenguaje" pero el desconocimiento nos impacta como ese yo-no yo, es decir, aquel diferente que se encuentra allí en donde **yo no soy**. Ese otro que no soy yo y que nos remite a esos primeros descubrimientos del infans no solo del adentro y del afuera (fundamentales en la constitución psíquica) sino la presencia de ese otro necesario y deseante que es la madre o aquella que ejerza su función. En tanto exista otro, puedo existir subjetivamente como alguien distinto. Es decir, en *alteridad*.

Los regímenes autoritarios y totalitarios temen la alteridad. La apuesta del control social empieza por la supresión de esta. Todos aquellos "diferentes" necesitan ser "domesticados" para así mantener el control social y el poder. Para ello, como nos plantea Jonathan en su trabajo, se valen del recurso discursivo de vaciar al lenguaje de su multiplicidad de significados y, por lo tanto, de su potencialidad de generar pensamiento. Además, al hacer enlaces forzados que, en base a la repetición constante de los mismos, generan soldaduras inconscientes en los pueblos que son sometidos a dichos discursos, se produce un vacío de representación metafórica. La famosa frase que nos recuerda Jonathan del campo de concentración nazi de Auschwitz, "el trabajo nos hará libres", es un ejemplo de cómo se vacían ambas palabras (libertad y trabajo) de sus cualidades evocativas y, para mí lo más importante, de su cualidad de ligar la pulsión erótica al lenguaje. Ambas palabras, en un giro perverso, realizan una desmentida de la realidad psíquica y de la realidad social. Y eso último, a mi modo de ver, es uno de los mecanismos más poderosos que se observan en los regímenes que nos ocupan hoy en día.

¿Por qué la desmentida y cuál pudiera ser la relación con lo planteado en el trabajo con el sadomasoquismo y la confusión de las lenguas?

Todo vínculo con otro tiene el rasgo de la ambivalencia. El rastro de la pulsión, que va en su incesante búsqueda de objetos, desea apoderarse sádicamente del objeto, y también rendirse sumisamente al objeto, en un intento de satisfacción erótica. Y esto va a poder ser mantenido o no dependiendo de la relación con aquellos que ejerzan las funciones parentales y los complejos procesos de identificación que van transcurriendo en la primera infancia. Ser pegado, estar pegado, ser el que pega son todas proposiciones que Freud (1919) nos introduce en "Pegan a un niño". Modalidades lingüísticas en donde el recorrido pulsional va desde lo activo hasta lo reflexivo, es decir va hacia el objeto, lo recorre y vuelve sobre sí mismo. Si este modo de vinculación permanece, los individuos se podrán identificar y vincular tanto con el agresor como con el agredido, satisfacer su pul-

sión y, lo más importante, sostenerse en identificaciones narcisistas que le permiten la estabilidad de su subjetividad. Soy pegado porque soy amado, pego porque amo y, al estar pegado (unido), me sostengo en un vínculo narcisista en donde la alteridad puede estar comprometida. El otro, como una propuesta discursiva diferente es temido.

Pero no todos pueden recurrir a la salida creativa y sublimatoria de Kafka, y así vemos cómo en su obra *El castillo*, al surgir el desconcierto del agrimensor por un discurso unívoco y sin metáfora, los habitantes lo perciben como peligroso. ¿Por qué cuestiona lo incuestionable? ¿De qué se trata esta interrogante? Es una búsqueda de lo individual, de lo singular, de la apropiación del lenguaje para instalarse en un *más allá*. Ese más allá que implica el otro y el lazo social. El señor K trata de entender: ¡pecado capital! Solo tiene que ceñirse a las normas, no pensar y quedar atrapado en la repetición. Porque la apuesta de los regímenes autoritarios es la repetición. Si pensamos en la repetición como una recreación de aquello no elaborado, la apuesta por la repetición anula la posibilidad de la elaboración de lo traumático y perpetúa el trauma como elemento que sirve para sostener al individuo en la posición de confusión y desconfianza de su propia percepción. En el lenguaje corrupto del autoritarismo hay un ataque sistemático a la percepción. Lo que se percibe **no** es, es atrapado por el lenguaje corrupto y la mentira. En un lenguaje momificado, una y otra vez se repite la mentira, “el trabajo nos hará libres” y así también se logra una operación importantísima, el ataque a una función básica en la constitución del sujeto como la describe Freud en la negación de 1925, es decir la posibilidad de realizar juicios de atribución que conllevan a juicios de existencias. Al no poder atribuir la cualidad de bueno o de malo, de interno o de externo, de presente o de ausente, el individuo queda atrapado en un mundo de externalidad dominante. Con ello me refiero a que lo íntimo, lo interno, lo particular de cada uno es borrado a través de un fenómeno proyectivo y de saber puesto en el gran Otro y a través del mecanismo de la desmentida, los pactos de denegación (Kaës, 1989) y el contrato narcisista de Piera Auglanier, se sostiene esta realidad vaciada de metáfora y de simbolización.

Zygmunt Bauman (1999, como se citó en Menezes, 2006) nos plantea que el horror nazi se estableció con el *criterio del jardín*. Como un buen jardinero que necesita eliminar aquellas plantas que “afean” o “parasitan” al jardín, todos aquellos que no representan lo ideal deben ser borrados. Esto nos plantea ¿qué pasa con el ideal en aquellos que sufren los sistemas autoritarios y cómo se produce adherencia al grupo? El grupo se forma con un ideal y una prehistoria. Una prehistoria en donde aparecen los mitos y

los héroes. Este ideal, que debe ser compartido por el grupo, permite una cohesión importante en función del manejo de las transferencias que se establecen entre los sujetos del grupo y el mantenimiento de cierto "orden" que, en una primera instancia, se necesita sostener. El grupo es conducido por un líder que representa ese ideal, el cual debe ser en un principio, férreo y sin posibilidad de cuestionamientos por parte del grupo. Este portador de un ideal que se ubica más en el yo ideal que en los ideales del yo, permite la ilusión de la unidad, de lo similar y retomando lo planteado por Jonathan, aparece un lenguaje que es "entendido" por el grupo y sólo por el grupo. Surgen entonces los slogans de los grupos en los cuales queda recogida la fantasmática de ilusión grupal. Aparece ese "nosotros" que se fundamenta en el amor incuestionable al grupo, al entorno, pero que es fundamentalmente amor al líder.

¿Por qué ocurre esto? Somos seres sociales y culturales. Esto hace que sean necesarias operaciones psíquicas complejas en los individuos que les permitan pertenecer y habitar la cultura en la que son inscritos por sus padres y por los entornos familiares. Estas operaciones garantizan que el recién llegado (niño) pueda incorporarse en una cadena filiatoria y en una cadena social. Ambas cadenas, garantizan la supervivencia del sujeto *y del grupo*. Ese *nosotros* necesario para que aparezca lo singular. Un nosotros que debe fomentar la aparición de un yo.

Para ello debe ocurrir lo que Rene Kaës denominó pactos de denegación. Lo define como un pacto sobre lo negativo y lo llama, al igual que al contrato narcisista, formaciones intermediarias. Son llamadas así porque tienen un aspecto bifronte, una cara que los conecta con los individuos y una cara que los conecta con el grupo, con lo social. Esas formaciones intermedias se montan sobre mecanismos de negación, de represión y de renegación. En el pacto denegativo lo primero que se niega es el pacto mismo y luego se niega su contenido. Su función primordial es el borramiento de las diferencias (somos todos iguales), la negación de la castración y de la muerte. Pero no solo de la muerte individual, sino de la inmortalidad del grupo, como la planteaba Adolph Hitler cuando decía que el Reich duraría más de 1000 años. Sin embargo, los efectos de este pacto pueden ser dos, primero permitir un nosotros que mantenga un espacio vacío y de indeterminación que permita la aparición del pensamiento o, lo que ocurre en los regímenes autoritarios, constreñir el pensamiento para que se ataque a sí mismo, destruir los aspectos de la vida psíquica de los otros y fetichizar el vínculo mismo para que se sostenga en la desmentida.

Cómo en los ejemplos planteados por Jonathan en donde, para per-

tenecer al grupo, ocurren fenómenos como los antes descritos. Primero se niega el pacto inconsciente donde para pertenecer al grupo se debe tender al isomorfismo grupal, pero al mismo tiempo decir ¡no somos todos iguales ya que *hasta* dentro del grupo hay alguien diferente! Y luego no hay ningún pacto como tal. No somos racistas porque lanzamos bananas, sólo es una broma; no existe tal grupo de racistas, ¡pero para pertenecer al mismo hay que lanzar bananas! Esta modalidad de funcionamiento es defensiva, mientras que la primera modalidad es organizadora y se sostiene mientras se da lugar para el pensamiento y la alteridad.

Otra formación intermedia que es necesaria, pero que puede pervertirse, es el contrato narcisista que describe Piera Aulagnier. Ella se refiere a las investiduras narcisistas necesarias para que cada individuo pueda cumplir sus propios fines y deseos, siempre y cuando estos sean sostenidos en la cadena filiatoria y social gracias a que este sujeto es considerado como parte del conjunto y portador de la continuidad de éste. Ambas formaciones, el pacto denegativo y el contrato social, determinarán el lugar que ocupan los individuos para sostener al grupo, a la sociedad o a un país (Aulagnier, 1984, como se citó en Kaës, 1989).

En las formas de abuso de poder, en donde estos pactos no se deslizan a formas de funcionamiento menos narcisistas, aparece la paradoja del discurso que ofrece el engaño del Amo o líder absoluto. El líder se ofrece como aquel que va a liberar al pueblo de su sufrimiento, le dará poder absoluto para colmar sus deseos, pero para que esto sea posible, el pueblo debe entregarse completamente al líder, convertirse en uno solo y fusionarse narcisísticamente con él. Se aprovecha de mecanismos maníacos, del odio, y así cumple su aspiración de mantenerse en el poder y, lo más importante, logra el borramiento del lazo social y de la alteridad. El único lazo social posible al final es con el líder/amo y se construye, a través del discurso, un mundo infantil, sin castración, sin culpa, un mundo de objetos a ser utilizados. Un mundo sin sujetos.

Cometer actos atroces para el sostenimiento de las ideologías es algo que vemos todos los días. Actos de racismo, de xenofobia, de discriminación social y política, se cometen en nombre del ideal de estos grupos. La pulsión de muerte y no la pulsión erótica es la que predomina. La destrucción sistemática de la individualidad, de la alteridad, dan su sello distintivo a esta forma de “gobierno”.

Conuerdo con Jonathan que individuos que en sus historias hayan sufrido de situaciones de privación, de abuso, de traumas acumulados, son presas fáciles de estos discursos, convirtiéndose en los más fieles segui-

dores y paradójicamente en los más maltratados por parte del líder. Sin embargo, creo que existe desde hace un buen tiempo un discurso social complejo que tiende al borramiento de la diferencia, al borramiento de la castración como organizador social, la supresión de los límites del goce y de un predominio de mecanismos diferentes a la represión como organizadores psíquicos. La tolerancia al otro, como un sujeto distinto, es cada vez menos aceptada. Y aquí retomo la idea de Ferenczi de la confusión de las lenguas como ejemplo del discurso social actual. Palabras como equidad, libertad son esgrimidas como parte del discurso de líderes que promueven todo lo contrario, en un claro ejemplo de pactos de renegación, de vaciamiento de la palabra como resonadora de un más allá. Y millones de personas los siguen. No podemos pensar que todos aquellos que están embelesados por esos líderes (tenemos tan cerca ejemplos claros) tengan experiencias de abuso, de violencia, de traumas no elaborados. Pienso que el contrato social al que nos estamos enfrentando es distinto a aquel de la modernidad, en donde la función paterna como metáfora estructurante, que da lugar al pensamiento abstracto, no se encontraba cuestionada. Este contrato social pareciera promover funcionamientos narcisistas y perversos que permiten nuevas modalidades de estructuraciones psíquicas con funcionamientos distintos a los que se podían ver hace unas cuantas décadas. El malestar de la cultura es otro. Ese excedente de goce, esa liquidez de las instituciones nos coloca frente a nuevos retos en la comprensión de los sujetos, en cómo se constituyen y en sus formas de sufrir y de gozar. En cómo el conocimiento que siempre conlleva al dolor, es sustituido por *la información* que nos tranquiliza y no nos inquieta. En cómo estos líderes portadores de una "verdad" nos permiten el tránsito por la vida sin pensar. Porque así podemos sostener la ilusión narcisista de que el enemigo está afuera y no nos pertenece.

Cierro con un extracto del libro *Yo, otro. Crónicas del cambio* de Imre Kertész (1997), superviviente de Auschwitz que vivió el kadarismo en Hungría.

“¿Habéis observado que en este siglo XX cada cosa se ha vuelto más verdadera, más auténticamente ella misma? El soldado se ha convertido en asesino profesional, la política en crimen, la ley, en regla para el juego sucio; la libertad universal en cárcel para los pueblos; el antisemitismo en Auschwitz; el sentimiento nacional en genocidio. Nuestra era es la era de la verdad, no cabe la menor duda. Aun así, seguimos mintiendo por mera costumbre, aunque todo el mundo nos vea el plumero; cuando se grita

“amor” todos saben que ha llegado el momento del asesinato; cuando se grita “ley” todos saben que es la hora del robo, del atraco...

No olvidemos que Auschwitz no fue disuelto por ser Auschwitz, sino porque la evolución de la guerra dio un vuelco; y desde Auschwitz no ha ocurrido nada que podamos vivir como refutación de Auschwitz. En cambio, sí hemos visto funcionar imperios sobre la base de ideologías que, en la práctica, eran meros juegos de lenguaje; de hecho, estas ideologías demostraron su utilidad, es decir su eficiencia como instrumentos del terror, precisamente por ser meros juegos del lenguaje. Hemos visto que tanto el asesino como la víctima eran conscientes del vacío de estas órdenes ideológicas, de su carencia de significado, y justamente esta consciencia hacía que las atrocidades cometidas en nombre de tales ideologías resultaran singularmente infames, generaba esa perversidad profundamente arraigada en las sociedades sometidas al dominio de las ideologías”.

Como psicoanalistas libres solo nos queda luchar por la posibilidad de pensar, por la libertad, y por la posibilidad de ser únicos en el mundo y de rescatarnos del odio.

Referencias bibliográficas

- FREUD, S. (1919). Pegan a un niño Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. *Obras completas, Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorortu Editores.
- KAËS, R. (1989). El pacto denegativo en los conjuntos trans subjetivos. En A. Misenard y otros, *Lo negativo: Figuras y modalidades* (pp.130-169). Buenos Aires: Amorortu, 1991.
- KERTÉSZ, I. (1997). *Yo, otro. Crónica del cambio*. Barcelona: Acantilado, 2002.
- MENEZES, Luis C. (octubre de 2006). *La Constitución Social del Sujeto entre la adherencia y la Lucidez*. Fepal - XXVI Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis: “El legado de Freud a 150 años de su nacimiento”, Lima, Perú.